

dad y finura de sus maneras tenia tan obligados á los Luculos, y á Druso, y á los Octavios y á Caton y á toda la familia de los Hortensios, que gozaba de la mas alta consideracion; pues le ofrecian sus homenajes, no solo aquellos que anhelaban realmente por oírle á fin de sacar algun provecho; sino, lo mas notable todavia, aun los mismos que únicamente lo aparentaban."

„Al cabo de un largo trascurso, y despues de haber partido con L. Luculo á Sicilia y regresado con él mismo de esta provincia, vino Archias á Heraclea; y habiendo querido inscribirse en ella, por verla disfrutar de tan plenos derechos en virtud de nuestra alianza, lo consiguió de los Heracleenses, ora fuese por su mérito particular, ó ya por el crédito y proteccion de Luculo. Publicóse en estos dias la ley de Silvano y Carbon, la cual otorgaba los derechos de ciudadano A LOS QUE ESTUVIESEN INSCRITOS EN LAS CIUDADES CONFEDERADAS, CON TAL QUE TUVIESEN DOMICILIO EN ITALIA A TIEMPO DE SER PUBLICADA LA LEY, E HICIERAN SU DECLARACION ANTE EL PRETOR DENTRO DE SESENTA DIAS. Archias tenia ya muchos años de domiciliado en Roma, é hizo su declaracion ante el Pretor Quinto Metelo, uno de sus mas estrechos amigos."

Sin dejar de ser muy á propósito para una defensa judicial, figuraría con el mejor éxito esta narracion en un discurso del género demostrativo. Para referir el orador que Archias fué célebre en toda la Asia y la Grecia, tiene cuidado de pintarnos antes el estado de la literatura en todos estos lugares: sabe muy bien que una débil llama brilla en medio de la oscuridad; y que para resplandecer donde todo está iluminado se necesita de un torrente de luz. Si Archias arrebató con su genio la universal admiracion, no fué entre pueblos idiotas sino en el centro de la cultura; preparacion importante para juzgar de su mérito

á vista del entusiasmo que causaba y de los homenajes que donde quiera recibía. Una narracion tan bien distribuida en orden á los hechos, brilla tanto por su extrema concision, como imita con su rapidez la celeridad con que se propaga por el mundo la fama de un hombre extraordinario. Es magnífica y completa, y nada echaria menos en ella la crítica literaria, aun cuando solo se tratase de elogiar en una Academia el mérito de alguno de sus miembros mas esclarecidos.

Pero lo que hay aquí de notable es que ella encierra toda la defensa, reducida, como se ha visto, á un hecho bien sencillo. Por la ley de Silvano y Carbon se concedió el derecho de ciudadano á los que estuvieran inscritos en alguna de las ciudades confederadas, viviesen en la Italia é hiciesen su declaracion ante el Pretor: Archias estaba inscrito en Heraclea, ciudad confederada, vivia hacia muchos años en Roma y habia hecho su declaracion ante el Pretor Quinto Metelo. Su derecho está por lo mismo suficientemente comprobado.

Tiene pues razon el orador para decir á consecuencia: *si no se trata sino del derecho de ciudadano y de la ley, no diré otra palabra mas: la causa está defendida.* Pero era necesario rebatir objeciones, y esto es lo que hace inmediatamente.

PRIMERA PARTE DE LA CONFIRMACION.

REFUTACION.

Todos los hechos que acaban de referirse están comprobados por la declaracion de Lucio Luculo y el testimonio de los habitantes de Heraclea. Cierta es que, habiendo perecido los registros del

archivo de esta ciudad, no puede rendirse la prueba de documentos; ¿mas por ventura son estas las únicas que deben admitirse? „Es el colmo de la „extravagancia y ridiculez no decir nada contra „las pruebas que rendimos, para exigir las que no „podemos tener; despreciar con un silencio maligno las declaraciones de los testigos, para reclamar documentos por escrito; y cuando teneis á la „vista el testimonio de un hombre tan autorizado, „el juramento y la fé de todo un municipio, desechar estas pruebas que de ningun modo pueden ser falsificadas, para insistir en unos registros „que, como tu mismo confiesas, suelen serlo todos los dias.”

Por lo demas, Archias tenía ya muchos años de vivir en Roma cuando se dió la ley, é hizo su declaracion en los registros de Metelo, los únicos generalmente reconocidos por auténticos. ¿Y á la vista de unas pruebas tan robustas, y cuando aquel se inscribió tambien en otras ciudades, podrá desconocerse su derecho? Regio, Lócris, Nápoles y Tarento prodigaban este titulo á unos simples comediantes; ¿lo habrian rehusado acaso á un hombre coronado con la gloria del genio? Muchos se introducian, arrastrándose, en los registros de estos municipios á fin de pasar por ciudadanos; ¿y Licinio Archias que ni habia querido servirse de aquellas ciudades, contento con la de Heraclea, seria el único privado de estos derechos? Este ligero extracto de un argumento de conjetura, manifiesta quanto importan estas inducciones filosóficas en el buen éxito de los negocios forenses; y tiene una fuerza muy grande para convencer á los jueces de la justicia con que contaba para su cliente el defensor de Licinio.

Pasa de aqui á rebatir otra objecion sacada de la falta del nombre de Archias en los alistamientos de la ciudad. Rebátela muy victoriosamente con hechos incontestables. En dos empadronamientos estaba Licinio ausente con Luculo, y en los tiempos de Julio y Craso no se alistó ninguna parte del

pueblo. ¿Podia inferirse algo de aqui contra el derecho que se defendia? Para concluir su refutacion y con ella la primera parte, hace mérito el orador de que en los tiempos en que se dice que Archias no habia observado la conducta de ciudadano, testó varias veces conforme al derecho de Roma, heredó á varios ciudadanos romanos y fué colocado por Luculo Pretor y Consul, entre los beneméritos del erario. „Buscad pues nuevas pruebas, dice Ciceron, que Archias no será vencido jamas ni por su conducta propia, ni por la de sus amigos.

He aquí una idea de la primera parte de este discurso. Es demasiado corta y puede tenerse como toda la defensa, pero aquí mismo tenemos ocasion de atabar aunque en pequeño los talentos de Ciceron, y aprender á calificar los hechos, darles todo su mérito oratorio y á aplicar al mismo tiempo las leyes con una exactitud filosófica. Tan bien sostenidos y enlazados aparecen aquí los argumentos, que los unos van preparando á los otros y el conjunto causa la mas entera conviccion. Sea que demuestre con hechos la justicia de su causa, sea que use de la prueba inductiva, sea que forme conjeturas aproximadas; todo satisface á la razon y despierta con eficacia el interes. Si Licinio despreció por Heraclea todas las otras ciudades, es por el grande aprecio y consideracion que aquella gozaba entre los Romanos; si no estuvo presente al empadronamiento de los ciudadanos, es por que acompañaba entonces á un General Romano ya cuando este mandaba el exercito, ya cuando desempeñaba en Asia el cargo de Questor. En fin, no presenta un solo testimonio sin haberlo revestido antes de todos los caractéres propios para hacerlo respetable y desicivo. Si no es pues la oracion de Archias el mas bello ornato del genio de Ciceron, ninguno sino este era capaz de sacar mas partido de tan limitado argumento.

SEGUNDA PARTE.

No porque la primera parte deba tenerse como toda la defensa, hemos de reprobamos la segunda como inútil. Si el tono de esta no puede avenirse con el carácter de la oratoria forense, los argumentos en el fondo son demasiado propios para robustecer en el concepto de los jueces el incuestionable derecho del acusado. Nada mas natural cuando se hace una defensa, que presentar al reo adornado de aquellas cualidades y prendas que son mas á propósito para hacerlo estimable á los ojos del público y de los Tribunales; y una táctica tan propia de todos los tiempos, lo era muy particularmente de la república en que hablaba Ciceron pues el sistema judicial franqueaba mas recursos á los jueces para obsequiar con sus votos las nobles tendencias de un corazon ilustrado. He aquí sin duda la causa de que el orador se propusiese demostrar que aun cuando Archias no fuera Ciudadano, debería serlo, y de que no malograrse una ocasion tan bella, como la que se ofrecia con este plan á su talento y una circunstancia la mas oportuna para hacer mas completa y brillante su victoria.

Comienza pues manifestando los motivos que tiene para estimar en tan alto grado las relaciones de su cliente, porque supone la extrañeza que podia causar esto al acusador. „Tal vez, ó Graciano nos preguntarás que tiene de particular el trato de este hombre, para que hallemos en él un encanto tan irresistible? ¡Ah! El ofrece una grata distraccion á nuestro espíritu fatigado con las contiendas del foro y un descanso muy agradable á nuestros oídos aturcidos con las querellas judiciales.”

He aquí la primera ventaja que el hombre público puede sacar del cultivo de la poesia, ali-

viar un tanto su espíritu de las pesadas tareas de la vida pública, reponerse un tanto para no sucumbir bajo la carga, y conservar el buen humor en medio de las continuas y penosas agitaciones que necesariamente traen consigo los altos puestos. „Crees por ventura, continua el Orador, que podriamos bastar nosotros á la variedad extrema de negocios que diariamente estamos en el caso de tratar; ni que podriamos sostener una aplicacion tan continua, sino dilatasemos nuestra alma en el cultivo de tan amenos estudios?” Segunda ventaja que pueden sacar de aquí los grandes hombres: enriquecer sus talentos, limar su gusto, pulir el estilo de sus obras, adquirir facilidad en el uso de la palabra y llevar á mas alta perfeccion los géneros de estudio á que directamente se consagran.

Después de haber hecho palpables, aunque de un modo genérico las ventajas de la poesia, puede afirmar, como lo hace, con un tono bastante satisfecho que si tienen razon de avergonzarse de cultivar la bella literatura ciertos hombres que limitados á ella exclusivamente y haciéndola servir solo á sus goces privados, no han sacado ningun provecho de aquí para la sociedad; no estaba él en este caso, pues nadie tenia derecho para dirigirle semejante reproche. El tiempo que dedicaban otros á los placeres, á los recreos y á los juegos públicos, lo habia consumido Ciceron por el espacio de su vida en repasar sus estudios literarios, y no mas que para concurrir con ellos al bien de su patria y á los compromisos peligrosos de sus amigos. „Serán pequeños é insignificantes mis talentos; pero á lo menos conozco muy bien la fuente en que he de tomar la energía del estilo, la grandeza de los planes, la sublimidad de los conceptos; en una palabra lo mas esclarecido y grande que se busca y admira en los discursos del orador: *illa quidem certè, quæ summa sunt, ex quo fonte hauriam sentio.*”

No puede hacerse un elogio ni mas completo ni mas exacto y filosófico de la poesia, que tenerla por fuente de lo mas escogido y grande que reconocemos en la elocuencia. En efecto, por mucho que la imaginacion y el sentimiento concurren á los planes del orador; si este no está familiarizado con las imágenes atrevidas y los vuelos admirables de la inspiracion poética, dificilmente hará tan odioso el vicio, tan amable la virtud, tan dulce y atractiva la verdad. „La feliz violencia de „una versificación esmerada es para el orador la „fuente de una locucion dulce y armoniosa; el cuadro de ritmos variados, donde son tan visibles las „faltas gramaticales, es una fuente de correccion „y pureza; las licencias felices que se toma el „poeta, impelido por la severidad del metro, son „para el orador una fuente de fuerza y energia; „la necesidad continua de locuciones figuradas á „que se ve reducido por la sobriedad del idioma, „son la fuente donde toma el orador las imágenes y el colorido; el arrebató de una vehemente „inspiracion y la diversidad de giros que exige cada periodo y á veces cada linea de una composicion poética, es para el orador el manantial que „le provee de los movimientos impetuosos de la „imaginacion y del sentimiento. El estro poético „engendra la elevacion oratoria, bien asi como la „elegancia de un discurso nace de la compasada „y simétrica distribucion de las palabras que forman una poesia.” (*) He aqui los servicios que á la elocuencia presta la poesia; y por qué Ciceron miraba esta como la verdadera fuente de cuanto hay de mas grande y esclarecido en los discursos del orador.

Ha probado ya este la influencia de la poesia en los progresos del gusto, en la perfeccion del talento y en los primores del estilo oratorio, para descubrir en seguida lo mucho que contribuyen las

(*) Maury Elocuencia del púlpito. (Extracto.)

bellas letras á la moral, á la virtud y aun al heroísmo.

„Si las lecciones y escritos numerosos de „tantos sabios no me hubieran persuadido desde mi „adolescencia que nada en la vida se ha de anhelar con tan grande interes, como la gloria y la „virtud, y que á fin de conseguirlas, han de estimarse en muy poco todos los tormentos del cuerpo, „todas las amarguras del destierro y aun el peligro „mismo de la muerte; nunca por atender á vuestra „conservacion me hubiera lanzado á tantos encuentros, ni hecho tampoco frente á los embates „diarios de los hombres mas detestables. Pero llenos están todos los libros de aquellas máximas „sublimes, llenos los discursos de los sabios y llena „de grandes ejemplos la antigüedad; mas todas estas „cosas estarian hoy sumergidas en las tinieblas, si no „las hubiese alumbrado la antorcha de la literatura. „¡Cuántos caractéres de los mas grandes hombres „no nos han dejado en sus obras los escritores „griegos y latinos, no solamente para satisfacer nuestra curiosidad, sino tambien para ofrecer dechados „perfectos á nuestra imitacion! Yo me los proponia „siempre cuando tenia que dirigir los negocios del „Estado; y la sola contemplacion de tan excelentes „modelos bastaba para sostener mi carácter y fortalecer al mismo tiempo mi espíritu.”

Todo este trozo se reduce á decir que sin el auxilio de las letras serian perdidos para nosotros la doctrina de los filósofos y los ejemplos de los grandes hombres, recursos poderosos y únicos, para formar el carácter y sostener el espíritu en la práctica de la virtud; pero nótese al mismo tiempo la grandeza oratoria con que presenta Ciceron este pensamiento; como se eleva el tono, á medida que las ideas progresan; y cuanto interés reciben estas máximas al ofrecerse el Orador á la vista del auditorio como una experiencia viva de su incontestable utilidad. ¡Que facundia y que sobriedad á la vez no se descubren en tan bella am-

plicacion! No contento el Orador con decir que nada es preferible á la virtud y la gloria; desciende á individualizar los accidentes más graves de la vida: todos los tormentos del cuerpo, todos los peligros de la muerte y del destierro deben tenerse en muy poco á fin de alcanzar unos bienes tan positivos y tan grandes. Mas podía suceder que á imitacion de algunos filósofos, Ciceron estableciera principios que no hubiesen sido el motivo de su conducta; y por lo mismo se adelanta á decir que no habia tenido mas aliciente, para lanzarse á todos los encuentros y arrostrar la furia de los hombres mas criminales. No son estos unos conocimientos exquisitos, reservados á un corto número de inteligentes, sino el asunto ordinario de todos los libros, *pleni omnes sunt libri*, el mas comun objeto de los sabios discursos, *plena sapientium voces*, el designio que descubren con la mayor frecuencia los ejemplos mas ilustres de la antigüedad, *plena exemplorum vetustas*. Cuan grande interes no debian inspirar á todos los hombres estos libros, estos discursos, estos ejemplos; y cuan terrible y desastrosa, cuan funesta bajo todos aspectos no debia presentarse la sola idea de su pérdida! Pues esta pérdida era infalible, segura, irreparable, si no se hubiese contado con la única antorcha que puede oponerse á las tinieblas de los siglos, con la única luz capaz de hacer visibles á la posteridad los pensamientos y las acciones de otros hombres y de otras épocas, con la antorcha de la literatura: *jaerent in tenebris omnia, nisi literarum lumen accederet*. Ciceron habia pasado una gran parte de su vida ocupado en los negocios de la república: su desinterés, su patriotismo, su política, su infatigable zelo por el bien de la patria, habian ocupado tanto á los Romanos, que al través de las persecuciones y la envidia, tuvo ocasion este hombre de columbrar una especie de culto político, tributado espontaneamente á su mérito. Calcúlese por aqui el efecto que debieron producir en el auditorio las

ideas con que termina el pasage, esta consagracion al estudio de los grandes caractéres que le ofrecia la antigüedad, esta meditacion constante que habia sostenido su carácter y fortalecido su espíritu cuando se hallaba al frente de la república para dirigirla.

Sin embargo de todo esto, teme haber incurrido en una exageracion peligrosa, recela haber dicho demasiado de las letras; y deseando no dejar motivo alguno que inspire la menor desconfianza respecto de sus principios, se propone él mismo la objecion y la satisface con tanta elocuencia como filosofia.

„Pero ¿que! me dirá alguno, ¿esos mismos varones consumados cuyas virtudes han sido reveladas al mundo por las letras poseian por ventura estos conocimientos que tu exaltas con tus alabanzas?—Aunque tengo por cosa difícil asegurarlo de todos, no vacilo en lo que debo responder. Confieso que han existido muchos hombres de grande entendimiento y excelentes virtudes, que sin el auxilio del arte y por la disposicion casi divina de su misma naturaleza han sido eminentes y justos por si mismos. A esto pudiera yo añadir todavia, que un feliz natural sin el estudio ha contribuido mas frecuentemente á la gloria y á la virtud que el estudio sin la naturaleza; pero asimismo sostengo que cuando á un insigne y esclarecido talento se junta cierto fondo de instruccion y cierto sistema de conocimientos, suele resultar de aqui un no sé qué de sublime y único entre los hombres. A este número pertenecen: aquel hombre casi divino á quien conocieron nuestros padres, Scipion el Africano; Cayo Lelio y Lucio Furio ejemplos de moderacion y de virtud; y aquel prodigio de fortaleza, aquel varon tan sabio que no tuvo rival en su siglo, el viejo Caton. Si á juicio de tan grandes hombres, ningunos medios proporcionasen las letras para llegar al conocimiento y á la práctica de la virtud, jamas

„se hubieran dirigido todos con tanto empeño á cultivarlas.”

Después de habernos hecho sentir la utilidad é importancia de la bella literatura, gusta de presentarla delante de su auditorio como el mas noble de todos sus recreos y como la mejor compañera del hombre en todas las situaciones de la vida. „Los demas placeres ni son de todas las circunstancias ni de todos los paises, ni de todas las épocas de la vida; muy al contrario sucede con las letras, que alimentan la juventud, encantan la vejez, adornan la prosperidad, abren al infortunio un asilo donde viene á encontrar el consuelo: nos deleitan en la casa, no nos embarazan fuera de ella, nos acompañan en nuestras vigiliass, nos siguen en nuestros viages, nos embelezan en la campiña.”

Cuantas bellezas mil veces notadas y mil veces repetidas, siempre antiguas y siempre nuevas; y que ligadas intimamente con la historia de nuestros goces, se reproducen siempre con nuevos y brillantes atractivos, con cierto encanto indefinido que no acertamos á explicar!

Una ojeada rapidísima sobre el hombre basta para descubrir por todas partes los límites del placer. Nada es parte á contentar la avidez inmensa de nuestro corazon, ninguna alegría conserva sus prestigios; y los placeres comunes de la vida envejecen con nosotros. La infancia vuela y arrastra consigo sus inocentes juegos; huye la juventud, y cede el campo, donde antes se animaba para divertirla el gran teatro de las ilusiones, á los roedores cuidados de la codicia, de la ambicion, de los empleos y de todas las cosas que ocupan la edad madura; la vejez entre tanto nos arrebató el aspecto del hombre formado y entristece y angustia nuestro corazon, al presentársenos á la vista circundada de dolores y de afanes, acosada por la ruindad mezquina, siempre dominada por la sospecha; siempre irresoluta por la desconfianza; siempre tímida é inerte. ¿Donde está pues el placer?

¡Ah! No lo busqueis en las tendencias de los sentidos, en la satisfaccion de los deseos menos nobles: sino en la perfeccion del hombre moral, en el cultivo de la razon, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura convidando á todas las edades con mil placeres que se engendran sin interrupcion y se suceden sin semejanza, derraman sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni todas las amarguras de la adversidad. Ved al jóven prudente, previsivo, ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior á los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado á los grandes modelos; registrando la lira de Pindaro y de Horacio, elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que immortalizaron las antiguas repúblicas. ¿Donde ha encontrado el origen de placeres tan deliciosos? En las letras, responderá él, que han sido mi ordinario alimento. *adolescensiam alunt.*

¿Que importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar á su presencia las memorias de una vida magnánima, cuya senda está regada de laureles? ¿Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frio de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro presenciando este espectáculo bien triste: el jóven que lo abandona, el hombre que lo compadece, el fastidio que lo consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar: porque arrebató de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprado con las lecciones sublimes de su sabiduria el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado á buscar en el fondo de su alma la fuente del placer, goza super-

abundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del Océano para ir á buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres; pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos, le sorprende luego en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generación en que vive: su noble aspecto atrae la risa de la inocencia; y el niño se duerme sin sobra en sus brazos: todos los jóvenes vienen á sentarse al rededor de él; y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobacion para partir á los combates: el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia; el sabio laborioso somete á su calificacion los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademan dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber gravado sus máximas. Esta vez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y excitar el disgusto, atrae tan bien el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginacion religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representarse al Eterno. Tal se muestra á nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de la sabiduría, tan incomparables así los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. *Senectutem oblectant.*

Si de aqui pasamos á considerar el influjo de la literatura en los plausibles sucesos de la vida, basta recordar que nunca nos parece tan grande la prosperidad, como cuando derraman sobre ella todo su esplendor las letras y las artes. Pe-

ricles no habría dado ciertamente su nombre á su siglo, si Atenas hubiera visto en él única y exclusivamente al genio de la guerra y al Señor de sus destinos; pero tan hábil político, como excelente orador, y amigo de las bellas artes, recibia el reflejo brillante del Liceo y los homenajes de Sofocles y Fidias. El concurso feliz de los talentos militares con el genio de la historia conservan la preeminencia de César entre los capitanes ilustres; y si Alejandro y Napoleon nos parecen rivales de su celebridad en la guerra, ninguno por cierto podrá eclipsar su gloria, que tanto resplandece en el maravilloso conjunto de su espada y literatura. El nombre de Mecenas ha llegado á la posteridad con tal aparato de magnificencia, menos por el favor de Augusto y los honores de Ministro, que por haber dividido con Virgilio y Horacio la gloria de la poesia con el mas brillante ejemplo de proteccion á tan excelentes estudios. Así es como adorna la bella literatura los acontecimientos mas faustos de la vida. *Secundas res ornant.*

¡Y que será del hombre á quien oprime el yugo de la adversidad, si no cuenta con el socorro de las letras? ¡Ay! abandonado tiránicamente á sus dolores, verá declinar en un momento la luz de su existencia; sino es, que ciego por la desesperacion, desconozca el alto precio de la virtud, perseguida y se entre por la senda escabrosa del crimen para rivalizar con sus enemigos. Pero considerémosle cuando está poseida su alma de grandes pensamientos, y ofrecerá entonces á nuestra vista mil espectáculos maravillosos y sublimes. Tal vez desde el centro de un calaboso hará salir una obra inmortal que recuerde su nombre á todas las edades, y divierta á todo el género humano con la pintura de un extravagante aventurero que se esfuerza en perpetuar con su ejemplo las ideas caballerescas de la edad media. Tal vez en el instante mismo en que la sociedad le desprecia y